# Capítulo 2 - Un enemigo inesperado

La batalla había dado un giro crucial. El rostro de Claus, de satisfacción unos segundos antes, se tornó en una expresión de pavor. Su distracción estaba a punto de costarle la existencia.

La espada empezó a brillar, un punto de luz se concentró en el vértice haciéndose una esfera cada vez más grande. Toda la parada de metro estaba iluminada, parecía como si el Sol hubiese aparecido en aquel lugar. El gigante se arrodilló ante su inminente fin. Cerró los ojos esperando su ocaso, no quería divisar el momento de su muerte. Durante unos instantes pensaba que la oscuridad absoluta sería su destino pero ésta no llegaba. A través de sus párpados podía ver el brillo la espada y como, poco a poco, iba desapareciendo. Decidió volver a abrir los ojos para afrontar el desenlace pero se llevó una gran sorpresa.

La espada estaba caída en el suelo convirtiéndose en polvo. Yoel se encontraba de pie con medio cuello rajado y sangrando en abundancia. A su lado se erguía la tercera figura en discordia, el demonio con pinta de mecánico aparecía con el brazo extendido y la garra manchada de sangre. Giró su cara para lanzar una furibunda mirada a Claus, había tenido que intervenir en el último momento arriesgándose mucho más de lo que le hubiese gustado.

—Es imposible que me hayas parado –dijo Yoel con la poca fuerza que le quedaba.

—Yo no soy igual que el energúmeno al que te has enfrentado, mi poder es real, ya he enviado al cielo a muchos como tú.

—En unos segundos estaríais muertos los dos...- intentó seguir diciendo el ángel mientras se arrodillaba.

—Los tres querrás decir –replicó el mecánico–. Sabes de sobra que no hubieras soportado este ataque, tu muerte estaba decidida en el momento que sacaste la espada, no sé por qué lo hiciste, las consecuencias eran mucho peores.

—No podía hacer otra cosa –dijo Yoel justo antes de caer al suelo.

El gigantón recuperó su forma inicial de ejecutivo. Con la ropa hecha girones se acercó a su compañero y al enemigo caído. Estaba cabizbajo, avergonzado por el transcurso de los acontecimientos. Cuando llegó a la altura del otro demonio dijo en voz baja:

—Lo siento Kim, no pensaba que…

—Nunca cuestiones mis órdenes –le cortó bruscamente–. Te dije que yo le daría la sentencia, ¡en qué momento se te ocurrió discutirme!

—Había sido una buena pelea, creí que lo justo era que yo la hubiese terminado.

—Podríamos estar camino al infierno los dos en este momento, como tenga que volver a rescatarte separamos nuestros caminos. Deberías estar haciéndote más fuerte, y cada vez eres más inútil.

La garra de Kim, el demonio con pinta de mecánico, volvió a ser una mano. Con gesto más calmado se dio la vuelta y empezó a andar seguido de su compañero. En la mitad del andén se paró, metió su mano derecha por debajo del mono de trabajo y sacó una bola de cristal. Era de unos tres centímetros de diámetro, en su interior había un líquido rosa. Sorprendentemente dejaba una bolsa de aire en sentido contrario a la gravedad.

—Cada vez son más difíciles de conseguir –dijo Kim–, pero es necesario que arreglemos este desastre.

Acto seguido levantó la mano y la arrojó al suelo. El líquido rosa subió repentinamente y empezó a girar. Entre brillos provocó una especie de huracán alrededor de los dos demonios. Todo empezó a cambiar. El suelo, las paredes y las vigas se arreglaban por arte de magia, la sangre desaparecía y todo se ponía en orden. Unos segundos después no quedaba nada de la descomunal batalla. El traje de Claus estaba impecable, igual que cuando entró al metro. Kim estaba a su lado mirando el cadáver de Yoel, ya no yacía destrozado sino que se encontraba en el suelo con sus ropas perfectas, como si se hubiese caído unos segundos antes.

—¿Qué muerte le has asociado? —preguntó Claus.

—Lo típico, un infarto. Tenía mucho estrés en el supermercado donde trabajaba, nadie se extrañará de lo que le ha pasado —contestaba mientras se iba girando para ponerse en marcha—. Vámonos, el efecto de la normalizadora durará unos segundos más, después nos podría ver alguien.

Se dirigieron con prisa hacia la salida. Echaron un ligero vistazo al trozo de pared que habían destrozado unos segundos antes. Cuando le quedaban unos metros para salir de la estación algo les paró.

—Hace mucho tiempo que no veo a un demonio moverse tan rápido –dijo una voz que salía de los bancos del metro.

Kim y Claus se giraron rápidamente. La voz era la del vagabundo que estaba durmiendo en la estación. Se levantó lentamente mientras echaba la vieja manta a un lado. Era un chico de unos veinte y pocos años, tenía el pelo alborotado y mal cortado. Vestía con unos vaqueros azul claro, una camiseta amarilla y una sudadera de cremallera azul. Poco abrigo para esa noche.

Se sacudió el polvo ante la mirada de sorpresa de los dos demonios. Los miró y dijo: “Espero que os hayáis divertido”.

—¿Pero quién eres tú? —reaccionó Claus visiblemente impresionado.

—No eres un humano corriente, si hubiese sido así la normalizadora te habría hecho olvidar todo –Kim intentaba razonar mientras se mantenía alerta, no se fiaba de aquella sorpresa—. Tampoco puedes ser un ángel, acabas de ver como matábamos a un compañero, no te hubieras quedado ahí quieto, y de ser así no te presentarías ahora. No conozco a ningún demonio con tu aspecto y no me das esa pinta chico. ¿Qué eres tú?

El chico sonrió ante las divagaciones de Kim. Se puso a andar hacia el centro del andén, no le gustaba tener tan poco espacio entre los demonios y la pared. Avanzó unos tres o cuatro metros y se giró, veía como los demonios lo miraban con cara de sorpresa, se inclinó hacia adelante, apretó los puños y gritó con fuerza. El viento, como si de una onda expansiva se tratase, se levantó de sus pies. Hizo los mismos movimientos que el ángel unos minutos antes pero su esfuerzo era muchísimo mayor. Dos bultos empezaron a asomarse por su espalda y en un último gesto de dolor se rompieron para dejar salir dos enormes alas, pero éstas no eran igual que las de Yoel, sino que estaban llenas de sangre.